



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades

El olvido

Sobre la metafísica del lenguaje

Tesis para optar al grado de licenciado en Filosofía

Alumno: Simón Toro Moraga

Profesor guía: Manuel Rodríguez Tudor

Diciembre, 2023

Índice

Agradecimientos	3
Dedicatoria	4
Resumen	5
Introducción	6
I. Hacia una metafísica del lenguaje	10
- Enfoque lingüístico: la ‘distinción’ como rasgo característico del lenguaje	12
- Antecedentes neurocientíficos	13
- Origen neurocientífico del lenguaje	14
- Un enfoque desde la conciencia: la conciencia, ¿son nuestras palabras?	15
- Reduccionismo lingüístico de la conciencia	17
- Reducción lingüística del conexionismo	18
- Monismo lingüístico anómalo	21
- Ejemplificación: categorización como tarea cognitiva	22
- El origen del lenguaje en zonas cerebrales	24
- El lenguaje dentro de la investigación científica: un caballo de troya	25
- La trampa del significado	26
- ¿Es la mente el cerebro?	29
- La ‘multiplicidad’ como rasgo del lenguaje	30
- Conciencia y lenguaje: La realidad en una cáscara de nuez	33
- Lenguajear es olvidar: cambiando el paradigma del olvido como fenómeno accidental a un paradigma lingüístico	35
- El caso de Iris: memoria infinita	37
Conclusión	39
Bibliografía	41

Agradecimientos

A la vida, pero no en general, sino a cada uno de sus momentos tal como me han venido detalladamente sucediendo, ya sea atormentándome, ya sea apasionándome.

Agradecer a esa muerte temprana, que me hizo recobrar el valor de conocer y aprovechar a las personas. Que me hizo ver un sinfín de problemas absurdos, y que me hizo ver tan solo unos pocos importantes.

Finalmente, a la filosofía, por estar a mis espaldas durante estos cuatro años y formarme una impronta desvergonzada y romantizada frente a la vida

Dedicatoria

Vero,

¿Te dije ya que fuiste el motor de ésta, la que es y será, mi mayor muestra de seguridad, altanería y honestidad?

¡No, no te lo dije! Y tal vez es lo único que vale la pena decir en este trabajo...

¿Te dije ya que fuiste el motor de ésta, la que es y será, mi mayor cuota de genialidad?

...

Es penoso que haya sido por escrito, lo sé, pero lo digo igualmente por autocomplacencia: me hiciste, aquí, dar lo mejor de mí.

¡Lástima... Todo esto no te lo dije, pero, por favor, dime que lo sabías!... o al menos lo sospechabas.

...

Al final, como viste en peligro tu vida terrenal, te aferraste a la promesa de la vida celestial...

Todo eso lo vi, y por única vez deseé que fuese cierto que hay una vida más allá. Es la última oportunidad que me quedará para hacerte saber todo esto.

Resumen

Este trabajo estará discutiendo con los más importantes problemas de la filosofía. Tales como el significado de las palabras, el conocimiento, y los diferentes tipos de cosas existentes en el mundo. Todos estos problemas entrañan una concepción filosófica común: que existen las esencias. Y nuestra teoría, que será del lenguaje, rechazará este otro tipo de teorías esencialistas

Se empezará por la ciencia porque ella ha sido y es un dominio que últimamente se ha hecho cargo de contribuir a los problemas recién expuestos, intentando esbozar teorías que expliquen el origen de conceptos tales como 'significado', 'conocimiento' o 'tipos de cosas existentes'. Nosotros acá desestimaremos sus contribuciones bajo nuestra propuesta proveniente de la filosofía del lenguaje. Con filosofía del lenguaje quiero decir: desde mi filosofía (examen) del lenguaje, no de una larga y redundante historia de la filosofía del lenguaje.

También atravesaremos a las ciencias desde un dominio específico: las neurociencias, porque en ellas se ve el intento más serio por determinar el origen del lenguaje mediante la postulación de procesos cognitivos. También desestimaremos esta postura dado que igualmente depende de consideraciones esencialistas: procesos que deben permanecer inmóviles.

Expresada nuestra disconformidad con el prontuario científico acerca de la naturaleza del lenguaje, y delegando su rol a uno secundario de estos asuntos filosóficos, no quedará otra cosa que caracterizarlo según se manifiesta desde distintos usos o terminologías (incluida la científica) y destacar sus características.

Nos daremos cuenta al finalizar la lectura de este trabajo que el lenguaje es todo aquello que inicialmente poníamos como su aparente origen o explicación desde tanta teoría existente. Los asuntos de los que teoriza la ciencia es lenguaje. Los asuntos cognitivos son lenguaje. La conciencia neurocientífica y la de entendimiento común es lenguaje. Lo que entendemos por memoria es lenguaje. Advertiremos, finalmente, que el lenguaje es lo único que permanece intacto ya sea en el gran o diminuto orden en que se dan las cosas del mundo. Es lo único intacto, pero hay un único problema que bien se expresa con la metáfora: el lenguaje es *el fenómeno de las mil caras, no tiene identidad. Si dices su nombre, entonces trata nuevamente...*

Introducción

El alma, incluso recorriendo todas las cosas verdaderas, igualmente deja escapar aquellas cosas verdaderas en las que participamos cuando quiere decirlas y pensarlas por medio del pensamiento discursivo, pues es necesario que el pensamiento discursivo, en orden a que diga algo, capte las cosas de manera sucesiva pues así es como se despliega. ¿Pero qué despliegue puede haber en lo que es totalmente simple? (...) en el momento del contacto, ella que toca no tiene ninguna posibilidad ni tiempo de actuar o decir, es sólo después que puede razonar acerca del contacto (Plotino, Enéada V, 3, 14-17)

Hay un rasgo característico en el lenguaje que ha llamado mi atención para estudiar su naturaleza. Lo más increíble es que sea el lenguaje el foco de estudio por alguna disciplina [como la lingüística o neurolingüística] o sea de manera secundaria [como el lenguaje y su rol en la comunicación y en el pensamiento] este siempre está presente. Ahora, incluso cuando el lenguaje no sea ni el foco principal ni el secundario de una investigación, quedando su rol reducido al de ser el medio con el que estudiamos otros objetos; abstractos y/o concretos, igualmente ahí está como herramienta discursiva. Sea cual sea su función no podemos negar su injerencia en las investigaciones de todo orden. Es esto lo que ha llamado mi atención. No tengo que demostrar nada para afirmar sin cavilaciones que el lenguaje, entonces, es el común denominador de toda clase de asuntos teóricos. He pensado que por esta sencilla observación algún aspecto interesante podemos derivar en ciertas interrogantes filosóficas. Para justificar que en el estudio de todo objeto de la física habría que tener en mente al lenguaje tendría, por supuesto, que relacionar teóricamente ambos objetos y mostrar justamente la relación y dependencia [si la hubiera]. Sin embargo, cuando pasamos de analizar teóricamente lo que un objeto de estudio representa en una teoría a analizarlo bajo su función metodológica, parece posible cambiar tal requerimiento, y postular como presupuesto a tal objeto. En este proyecto quisiera, pues, postular al lenguaje como el objeto metodológico que busca relacionarse a los objetos teóricos que se estudian desde distintas teorías.

Me parece que cuando uno habla de ciencias esperando dar cuenta aproximadamente sobre los fundamentos físicos o los procesos abstractos que subyacen toda tarea cognitiva [la realización], podría uno advertir desde ya que para tales propósitos se requiere de las palabras del lenguaje. En un sentido aún no científico uno podría decir que cada conjunto de palabras que tienen un orden [las afirmaciones] están presentes en cualquier contexto de habla. Además, existen diversos contextos de habla y todos tienen la peculiaridad de ordenar de un modo específico la selección de dichas palabras para dar con sus respectivos propósitos.

No es casualidad entonces que en un contexto científico un investigador prescinda de decir: “la fórmula del agua está dada gracias a la magia”, y en cambio afirme: “la fórmula del agua está dada según la proporción y relación en que sus elementos están” para justificar su teoría. Además, existen, en un sentido aún más general, modelos cognitivos que intentan explicar de modo hipotético la sintaxis o la semántica; las posibles estructuras implicadas en la adquisición del lenguaje y sus respectivos procesos. Y sobre esto sabemos, al menos, que tras estas explicaciones se juegan diversos factores que los explican; todo ello explicado en una jerga neurocognitiva.

Con todo, cabría cuestionar si dado que el lenguaje [neurocognitivo] nos permite iniciar una investigación acerca de su propio origen y configuración, dicha investigación se verá siempre interrumpida a la vez que cada aproximación, por medio de estructuras o procesos relacionados, aparece siendo siempre una distinta en el modo en que se presenta por medio del lenguaje. Incluso sin salirnos de un dominio teórico y concentrándonos en la complejidad de este, pero con una descripción más detallada, podemos observar las diferencias. Claramente si pasamos de afirmar que “el cerebro está compuesto de tejido nervioso” a afirmar que “que el cerebro está compuesto por redes neuronales compuestas por mielina y materia gris”, no estamos haciendo uso de las mismas palabras porque habremos extendido y variado tal descripción del cerebro. Y si esta dependencia de las palabras vale tanto para las explicaciones estructurales del sistema nervioso y los procesos cognitivos relacionados al sustrato neural, toda vez que el marco teórico delimitado para sus afirmaciones explicativas es derivado inicialmente de recursos lingüísticos [primero palabras, luego su orden], entonces, cabría esperar permanentemente la indeterminación tanto de los sustratos físicos como de los procesos cognitivos determinados, ya que la especificidad lingüística requeriría,

no solo de la extensión de palabras, sino del cambio en ellas según la especificidad con que se va desarrollando la investigación. Y como el cambio aquí significa la variación lingüística, este, a la vez, conlleva la variación cognitiva o neuronal toda vez que asumimos un correlato entre ambos fenómenos. Dadas nuestras sospechas, nuestra tesis será mostrar un enfoque lingüístico que muestre la imposibilidad de establecer el significado de nuestras afirmaciones lingüísticas.

Podría perfectamente haber prescindido de la intromisión a terrenos científicos y haber propuesto una tesis lingüística independiente de toda pretensión científica. El problema de adoptar esta actitud es que, aparte de que no estaríamos haciéndonos cargo de ningún problema filosóficamente serio, sino de problemas superfluos como los trabajos dedicados a las distinciones conceptuales entre una tradición y otra, estaríamos implícitamente concediendo muchas cuestiones filosóficas que podrían contrariar en un momento avanzado de nuestra propuesta problemas de tipo ontológicos. Es por ello por lo que resulta necesario afirmar que si acá tenemos en consideración distintos antecedentes de la neurociencia es porque con ello evitamos la presencia tanto de métodos como entidades que no se corresponderían a nuestro proyecto lingüístico. Una cosa es que los dominios teóricos sean independientes en un sentido terminológico [teorético], pero otro muy distinto es pretender que el suelo metodológico desde que erigen sus teorías también lo sea. Lamentablemente para los dominios teóricos es que más temprano que tarde se verán subordinados al régimen lingüístico que impedirá inflar innecesariamente la ontología y desordenar en todas las direcciones la metafísica de la realidad.

A continuación, afirmaremos supuestos que no serán desarrollados propiamente en este trabajo, sino tan solo presentados como el trasfondo de nuestros argumentos. En general, estas menciones obedecen al interés de paliar de entrada una serie de prejuicios en que se puede riesgosamente caer al leer los argumentos venideros. La mala costumbre de asumir cosas por parte de quien lee por no haber yo declarado algo no es algo de lo que quisiera encargarme a mitad de camino. Comencemos.

Desde una toma de posición epistemológica, la nuestra será una propuesta lingüística. Esto significará que tanto el acceso al conocimiento de la realidad como las herramientas metodológicas para ello se hallarán en el dominio del lenguaje. Consecuentemente, el tipo de

entidades referidas o la *naturaleza* que le es propia [su ontología] será una lingüística. Finalmente, con estas dos condiciones, nuestro proyecto metafísico culminará en la afirmación de un monismo lingüístico. Nada de esto será abordado, repito. Estas ideas son simplemente el trasfondo teórico de nuestro proyecto metodológico que el lector debe tener en consideración.

Todavía queda examinar preliminarmente un asunto inflexivo en la discusión: ¿es posible que iniciada nuestra investigación filosófica de corte lingüístico partamos desde una metodología distinta de la científica [o distinta de cualquier otra]? Si afirmáramos esto, surge entonces la pregunta de cómo podríamos siquiera comenzar efectivamente nuestra investigación si, de antemano, presumimos una brecha epistemológica acerca del lenguaje filosófico frente a uno científico.¹ Este problema limita preliminarmente nuestra tesis. Aun así, parece no ser este un problema relevante a tratar aquí, ya que asumir que la naturaleza del lenguaje se perfila con una naturaleza diferente a la adoptada por los enfoques científicos antes de iniciar la investigación, implicaría que ni nosotros acá, ni los investigadores futuros pudieran iniciar una búsqueda de esta clase. Todo proyecto que tenga como interés plantear una tesis debe asumir la condición de basar su método en uno subordinado al lenguaje que usa para explicitar tanto sus premisas como conclusiones. Entonces, hasta acá, aceptamos que tanto filósofos como científicos parten de un suelo lingüístico epistemológicamente común. Con esto dicho, nos liberamos de inmediato del problema del enfoque epistemológico desde el cual teorizamos nosotros acá. Pues, en efecto, no cabría esperar que en el transcurso de la argumentación la ontología del lenguaje común recién declarada se torne a una de otro tipo solo por optar por un marco teórico de otros muchos. Pues ya aceptamos que el problema epistemológico acerca del compromiso teórico desde el que argumentemos no podría implicar un cambio ontológico del lenguaje. El compromiso epistemológico [dado este presupuesto lingüístico] queda desligado de todo compromiso ontológico posiblemente venidero de las investigaciones científicas.

¹ Para aclarar un poco más. Con metodología no nos referiremos a un conjunto de procedimientos o métodos para acceder al conocimiento teórico. Más bien, indicaremos un tipo de herramientas con que llevamos a cabo esos mismos procedimientos o métodos, en nuestra propuesta, las palabras.

I. Hacia una metafísica del lenguaje

*‘nature is a language, can’t you read?
So, ask me, ask me, ask me.’*

Enfoque lingüístico: la ‘distinción’ como rasgo característico del lenguaje

Comenzaremos esbozando el sencillo razonamiento que sostiene nuestra tesis de que toda la realidad queda reducida a una lingüística. Primero, podemos notar cuán necesario es que para que un dominio teórico² pueda emprender su proyecto es necesario que se sostenga, en principio, de una terminología. Luego, podemos notar que dicha terminología está definida por sus elementos constituyentes: las palabras. Podemos notar, además, que tales palabras si bien pueden variar según el contexto de uso, hay restricciones que impiden hacer un uso *indistinto* de ellas en bien de la coherencia interna de la teoría. Por ejemplo, mi amigo Nuwanda afirma: “antes de poner en palabras el dolor, primero lo tengo que sentir”. Pero yo le digo: “¿podrías sustituir la palabra ‘sentir’ en tu afirmación por ‘manzanas’ y conservar el sentido de lo que decías? Él me dice que no, porque su afirmación inicial era para afirmar que el sentir dolor era un estado previo al ponerlo en palabras. Entonces yo le digo: si fuera cierto lo que dices, entonces no importaría que uses ‘manzanas’ en vez de ‘sentir’ en tu afirmación ya que lo que dices del sentir es que viene antes de ponerlo en palabras. El problema que no se ve es que la especificación que se hace de ‘sentir’ por la misma palabra otorga la pretendida calificación existencial previa a la calificación lingüística de dicho sentimiento.³

Otro modo de ver el problema es el siguiente. Imaginemos que existen dos categorías de entidades en el mundo: categorías de entidades lingüísticas y categorías de entidades no-lingüísticas (considérese los ‘conceptos’ en ciencias cognitivas como entidades prelingüísticas, por ejemplo). Si lo que aceptamos con lo anterior es que, entre ambas categorías, hay solo una diferencia de presentación lingüística, entonces no hay problema ontológico alguno. Pero, en cambio, si lo que se aceptara con la existencia de ambas categorías es que entre ellas habría una brecha ontológica, es decir, una insuficiencia por parte de una o ambas categorías para explicar o atribuir la caracterización correspondiente a

² El concepto de ‘dominio teórico’ usado acá expresa un sentido laxo. Calificamos de ‘dominio teórico’ a todo constructo gramatical presente en nuestras afirmaciones cotidianas o en postulados científicos.

³ Para salir airoso del problema según la postura de mi amigo Nuwanda tendría que existir alguna clase de ‘lenguaje existencial’ previo al lenguaje con que nombramos. Pero se puede ver el problema de esto cuando es posible hacer un contraste entre un lenguaje y otro mediante el examen de sus elementos: las palabras.

las entidades pertenecientes a la otra categoría, entonces, tenemos un problema que, acá, hemos nominado *'falacia metodológica de entidades prelingüísticas'*.

El problema es similar al problema presentado con el ejemplo de nuestro amigo Nuwanda. Dijimos que toda vez que el mismo lenguaje nos sirva para distinguir 'entidades' 'lingüísticas' de 'entidades' 'no'- 'lingüísticas', entonces, todo tipo de entidades será dependiente ontológicamente del lenguaje si para ello requiero palabras específicas para distinguir una categoría de otra. Si en cambio ahora, la calificación 'existencia' sea la que suponga el problema de que hay independencia ontológica entre las 'entidades lingüísticas' y las 'entidades no-lingüísticas', cabe notar que el problema se resuelve al advertir que para tal caracterización de las entidades no-lingüísticas, a decir: 'independientes de la ontología de las entidades lingüísticas' se requiere de las mismas entidades lingüísticas, que justamente son el tipo de entidades de las cuales se pretendían diferenciar en cuanto a su ontología.

Antecedentes neurocientíficos

Con lo dicho, es conveniente analizar diferentes maneras en que distintos dominios teóricos [científicos aquí] han supuesto [implícitamente si se quiere] la clase de problema recién presentado: el problema metodológico de entidades prelingüísticas. Extraeremos este problema de los supuestos que –creemos– son fundamentales en tales dominios científicos.

Primero, desde un determinado enfoque científico partiremos tomando antecedentes proporcionados por el neurocientífico Michael Gazzaniga. Consideraremos sus premisas acerca del procesamiento semántico para poder respaldar nuestra tesis. Recordemos que podríamos haber partido de cualquier consideración científica que tenga como objeto explicar el origen del lenguaje. Porque el punto importante para nosotros es que su propio método basado en un lenguaje lo haría caer en el problema metodológico que será desarrollado más adelante. Ahora bien, nosotros en particular, nos concentraremos en el origen del significado de las palabras en el modelo conexionista que presenta Gazzaniga. La pregunta guía de esta sección es la que él mismo plantea: “So, how does the brain cope with spoken, gestured, and written input to derive meaning? And how does the brain produce spoken, signed, and written output to communicate meaning to others?” (Gazzaniga, p. 483). No nos interesa tanto la explicación física detrás del procesamiento semántico, sino más bien

una posible interpretación sobre el mismo procesamiento semántico dada la evidencia entregada por Gazzaniga.

Origen neurocientífico del lenguaje: el contexto en el significado

El conexionismo es una teoría de la mente que nos dice que los procesos tanto neuro-físicos como cognitivos surgen debido a la interacción de redes neuronales ampliamente distribuidas en la corteza cerebral y complejamente conectadas. Entre las principales premisas del conexionismo asociado al proceso lingüístico encontramos: (i) el significado de las palabras se determina por una red semántica y (ii) el significado dentro de esta red semántica puede obtenerse por ‘palabra prototipo’ o por las características semánticas de dicha palabra. (p. 489) este significado varía mucho en el procesamiento del lenguaje hablado y escrito. Gazzaniga nos expone experimentos en los que el significado de la palabra se ve en constante cambio debido al contexto. Pero primero que todo nos da un ejemplo de una oración en que una palabra puede tener distinto significado: “The tall man planted a tree on the bank.” Bank can mean both “financial institution” and “side of a river.” Es el contexto el que nos permite en el ejemplo descartar la opción de que ‘banco’ se refiera a una institución financiera, y, en cambio, signifique ‘al lado de un río’. Se reconoce que existen aquí al menos dos clases de representaciones, las de nivel inferior y el nivel superior. Las primeras aluden a las representaciones léxicas mismas, en el ejemplo sería ‘bank’, y las segundas aluden a las representaciones semánticas asociadas al rol que juega el contexto en el significado de la palabra.

Eventualmente, Gazzaniga (2021) expone los modelos que podrían estar detrás de esta clase de reconocimiento semántico. El autor dice que hay tres principales: i) los modelos modulares, los cuales niegan que existan módulos independientes y separados que lleven a cabo la tarea del procesamiento semántico, ii) los modelos interactivos, que afirman que hay una influencia del contexto incluso antes de la recepción léxica de la palabra, y iii) finalmente existen los modelos híbridos, los cuales afirman que el acceso léxico no está influenciado por las representaciones de nivel superior, pero sí lo están en el proceso de selección antes de adquirir la palabra, reduciendo los posibles candidatos. (p. 497) En un experimento que tenía como objetivo determinar la influencia de los modelos modulares vs los interactivos se concluyó que, al parecer, el contexto [representaciones de nivel superior] sí tienen una

injerencia en el significado que se escoge al leer una oración o situación en la que debemos seleccionar candidatos óptimos.

Como bien dijimos, nuestro objetivo con esta presentación científica es enfatizar la permanente variación semántica que habría en los individuos dado que el repertorio de las representaciones de nivel inferior puede variar en función del aprendizaje tenido de cada individuo. Con esto en mente, es plausible afirmar que detrás del procesamiento semántico se pueden generar desviaciones semánticas dependientes de la familiaridad léxica. El fenómeno del error desde una arista filosófica puede rastrearse a esta clase de evidencia científica. Los errores, en efecto, si bien pueden ser considerados eventos discretos [o sea, que advertimos en determinados usos incorrectos de las palabras] debe tener un origen anterior, pero de esta forma, damos cuenta que caemos en una regresión al infinito.

Relacionando esta sugerencia a nuestra tesis, queremos decir que hay una fuerte insinuación desde el dominio empírico que podría inclinarse en favor del aislamiento semántico, pues parece que cuando filosóficamente hablamos del significado de las palabras estuviéramos hablando de las palabras misma, o sea, en un sentido restringido que se reduce a la representación léxica [el signo que coincide cuando usamos las mismas palabras al decir ‘sí’ ‘estoy’ ‘de’ ‘acuerdo’] y no como si estuviéramos de las palabras en su contexto aprendido.

Un enfoque desde la conciencia: la conciencia, ¿son nuestras palabras?

A continuación, consideremos lo que desde la neuro-cognición se dice respecto de la conciencia. Advierto que la conciencia aquí definida pasa a ser explicada a través de complicados procesos cognitivos relacionados a determinados sustratos físicos. Tal como advertimos en el primer apartado, como nuestro supuesto es que todo dominio teórico depende de una distinción lingüística, el análisis hecho de la conciencia será con el propósito de trivializar presuntas problemáticas ontológicas y decir, en cambio, que ello se trataría de un descuido en el análisis metodológico con que surgen entidades con ontologías particulares. En este caso, la ‘conciencia’ presenta a nuestro juicio una caracterización que induce a la idea de brecha ontológica entre una categoría que sería independiente del lenguaje en cuanto a su existencia.

En palabras del neurocientífico Joaquín Fuster (2008), se expone la continua y dinámica influencia del proceso PA [percepción/acción] desde el cual grandes redes de cógnitos se forman y desarrollan para establecer redes neuronales más amplias y complejas que se solapan entre sí [interconexión]. La manera en que estos cógnitos se desarrollan es a través de estructuras subcorticales llamadas inputs, que equivalen a receptores de entrada de los estímulos sensoriales⁴ tanto del medio interno como externo del individuo. La información recolectada, luego, es traducida o manifestada por medio de otras estructuras subcorticales, aunque ahora equivalentes a traductores de esa información, llamadas outputs (pp. 27-33). Hablamos entonces de un proceso permanente en las funciones del cerebro. Lo que podríamos observar es la inconsciencia que tenemos de gran parte de estas funciones, en el sentido de no poder estar reportando en palabras o pensamientos todo el repertorio de estos procesos físicos. Pensemos tan solo nuestro caso, reportando las operaciones neuronales que subyacen al fenómeno de tener conciencia desde la evidencia dada por Fuster. Podemos, y decimos ser conscientes de diversos hechos del mundo, y cuando decimos ser conscientes en cualquiera de esos modos: predicando el ‘rojo’ de una ‘manzana’ frente a mí, o teorizando sobre el ‘espín’ de un ‘electrón’ en el laboratorio, o, también, recordando mi estado de ‘felicidad’ al estar junto a mis amigos las últimas vacaciones, podemos advertir que para tales propósitos requiero de un lenguaje determinado. ¿No hay nada en común entre tener consciencia científica y tener consciencia ordinaria, no especializada?

¿Qué sería del fenómeno de ‘tener conciencia’ sin un reporte lingüístico? ¿Sin las múltiples distinciones que hago entre una consciencia y otra, o sea, distinciones entre ciertas palabras y otras? Los fenómenos conscientes que explica el neurocientífico Joaquín Fuster solo pueden ser puesto como posibilidad gracias a que hace un uso efectivo de determinadas palabras que refieren tanto al origen físico de la consciencia como de sus hipotéticas configuraciones en el cerebro. Pero ¿qué quiere decir ‘tener conciencia de algo’ desde lo aportado por la explicación de Fuster? La consciencia se entiende como “la experiencia

⁴ Se entenderá que esos estímulos provienen del medio interno: ideas o pensamientos no derivados de eventos observables, sino cuando por ejemplo pienso de modo concatenado: pensamiento *tras* pensamiento; y externo: cualidades o eventos observables. Esto último en el sentido de ser captadas por los sentidos. De este modo, las matemáticas y la lógica, al ser aprendidas por el sentido de la audición y visión, primariamente, también son consideradas como disciplinas (estímulos) sensibles. Siguiendo una línea similar a la de Clark (2011) y su tesis de mente extendida en la cual existen vehículos cognitivos equivalentes a factores extra-neuronales (o extracorpóreos).

subjetiva de un estado de actividad acentuada del cerebro”’. (Fuster, p. 44). En otro momento, de manera similar dice que la consciencia es un estado de “actividad relativamente intensa” donde ‘intensa’ significa alcanzar un umbral de actividad de las operaciones físicas en la corteza cerebral. (Fuster, p. 99)

Reduccionismo lingüístico de la consciencia

Pero habiendo dicho todo esto no era mi intención parecer partidario de este tipo de explicación *fisicalista* tras la interrogante de qué es la consciencia. Sé que cada una de nuestras palabras corresponde al fenómeno de ‘tener la consciencia’. Sé que cuando vamos en búsqueda de evidencia científica o especulativa las definiciones o explicaciones serán de todo tipo; basadas en definiciones, categorías, identidades, recuerdos, etc. como ya mostramos. Sé que detrás de toda esta clase de respuestas se necesita un elemento común: las especificaciones lingüísticas. Es decir, la granularidad explicativa de qué podría ser la consciencia. Esa granularidad variará en distintos alcances explicativos. Una palabra de más, o de menos. Pero en cuanto a la *composicionalidad* de la consciencia no hay variación. El lenguaje siempre es el determinante de los reparos que alguien pudiera tener al definir o explicar fenómeno alguno.⁵

Recogiendo las generalidades expuestas por Fuster acerca del fenómeno de la consciencia, sabemos ahora que la consciencia podría ser un ‘fenómeno’ ‘subjetivo’ que opera según mecanismos físicos inconscientes. Esta descripción, sin embargo, y desde nuestro compromiso metodológico de tipo lingüístico, cae bajo una serie detallada de descripciones que refieren a un fenómeno particular. Este es el punto clave. Afirmamos desde nuestro enfoque que cada una de las palabras corresponden al fenómeno de la consciencia en la medida en que es a través de ellas que podemos asumir un proyecto de investigación basado en la búsqueda de un fenómeno en particular. Mejor aún: afirmamos que las palabras nos hacen conscientes en la medida en que con ellas construimos, y así referimos, a toda la extensión descriptiva del fenómeno en cuestión [la consciencia]: su origen conexionista en este caso,

⁵ Con esto hemos abordado tangencialmente el problema epistemológico sujeto/objeto. Tópico clásico de la epistemología. Creo, además, que en una justa medida hemos dado indicios de que dicho problema se vería diluido dada la dependencia lingüística propuesta. Ya que el reporte de los estados subjetivos como ‘sentir alegría de ver a mis amigos’ vs el reporte de estados objetivos como ‘la descripción molecular del agua’ son ambos estados especificables, no habría razón alguna para sugerir una brecha explicativa que sea productora de la distinción ontológica entre un estado de la experiencia frente a otro.

sus características, sus diferencias de otros modelos, su relación con ciertos sustratos físicos, etc. Cada uno de estos aspectos son específicos, y por tanto, distinguidos.

Reducción lingüística del conexionismo

Con lo dicho, y asumiendo que hay diversas cortezas y operaciones en el cerebro implicadas en el proceso consciente [corteza prefrontal, corteza límbica, corteza orbital, entre otras], se asoma tempranamente la idea de aislaciones lingüísticas que proponemos, dado que la conciencia surge de los diversos estímulos captados del medio externo e interno. O más precisamente, la división entre los procesos neuronales en las representaciones lingüísticas que tenemos sobre conceptos, ideas, imágenes, categorías, relaciones, recuerdos, etc. Pues tenemos que esos mismos estímulos y procesos son los que posibilitan, por ejemplo, que yo aquí me exprese mediante estos términos específicos y no otros, o sea, distinguida, y no casualmente⁶. Deben existir funciones cognitivas que operando determinadamente provoquen la emisión de mis afirmaciones.⁷ Y en este sentido, en todos los casos en que predicamos o relacionamos nuestras palabras, dicha predicación y relación debe estar sujeta al proceso originario de tales afirmaciones: las palabras. Con lo cual, parece plausible afirmar que no existe relación entre las palabras en este sentido estricto: que podamos reconocer la serie completa de causas neuronales⁸ que empiezan y se generan en la secuencia de palabras dentro

⁶ Habiendo terminado la línea argumentativa de este ensayo me doy cuenta de que ha sido el lenguaje quien delata nuestra ignorancia y no su deficiencia. Pues siempre estuvo presente. De tal modo que sus palabras, todas distintas unas de otras, siempre nos quisieron decir (a nuestra mente que justamente las diferenciaba) que nada podían *explicar*. Aunque sí me explicaron que nada se explica. Eso, ¿no es decir algo? He aquí la permanente anomalía que jamás se resolverá de modo sistemático, pero sí olvidadizamente.

⁷ Cf. *Neurociencia del lenguaje*, p. 94. Véase como ejemplo los modelos semánticos de Quillian. En este los significados están dados según los vínculos de *inclusión* (la entrada 'animal' incluye la de 'pájaro'. O también bajo el vínculo de *atributo*, por ejemplo, la entrada 'pájaro' tiene 'alas', 'picos', 'plumas', etc. o también el vínculo de *propagación*, asociado a la presentación previa de un estímulo antes de la activación. Se asocia con la facilidad para que dentro de una red se activen estímulos como respuesta. Considérese, también, el modelo de comparación de rasgos (MCR). En él se supone que el significado de las palabras está dado en cuanto a los rasgos definitorios y característicos. Los definitorios tienen que ver con rasgos obligatorios (ave: 'pone huevos'), mientras que los característicos tiene que ver con rasgos que se presentan en gran cantidad de casos (ave: 'puede volar'). Otro vínculo asociado es el de la *tipicidad*, el cual permite que una palabra sea asociada más fácilmente a una categoría dada su facilidad de representar mejor a los individuos dentro de ella ('perro' es más fácilmente categorizado como 'mamífero' que 'ballena' debido a las características típicas que posee. (p. 95). Considérese, además, otros modelos: los neurocognitivos. En ellos el significado de las palabras están determinados por la modalidad en que los estímulos llegan al cerebro. Se fundamenta en la hipótesis sensoriomotora, es decir, el sistema es unitario pero recoge la información específica proveniente de las modalidades sensoriales, motrices y lingüísticas. (p. 96)

⁸ Así como digo causas biológicas por el contexto neurocientífico presente, podría hablar de causas lógicas para hacer notar que los conceptos y relaciones lógicas no son sino pensamientos (conciencias: palabras) que surgen

de las afirmaciones originadas dentro de un dominio teórico.⁹ Porque acá, ‘reconocer’ sería reportar la serie de causas neuronales y encontrar un punto de las explicaciones en el cual detenerse para afirmar dicho punto específico como la fuente [origen] de una palabra. Pero esta búsqueda [que se realiza por medio de una afirmación [con palabras]] no puede saltarse la injerencia del mismo proceso neuronal, en el cual se activa un proceso neuronal correlativo a *esta*¹⁰ búsqueda [y ya no *aquella*] por el origen de los pensamientos o palabras o imágenes. Lo que intentamos afirmar dada esta condicionalidad de los antecedentes neurocientíficos es que la búsqueda científica, como empresa teórica que es, sustentada en premisas, antecedentes y conclusiones, también es representada lingüísticamente. Y todos esos elementos deben en principio ser afirmados lingüísticamente según sus especificidades.

Entonces, resumiendo el asunto a una generalidad tenemos que la metafísica neurocientífica, que depende de un enfoque epistémico materialista con entidades de ontología física, depende fundamentalmente de un tipo de realidad lingüística, si con ello entendemos que

de determinadas actividades en el cuerpo. Con esto, quiero recordar a quien lee que por más que hable acerca de cuestiones neuronales, estas logran inmiscuirse en el campo lógico-lingüístico. Ya que no son más que pensamientos.

⁹ Sabemos que ese es uno de los supuestos primarios tras las explicaciones científicas acerca de las tareas cognitivas. Como, por ejemplo, la representación de una palabra dada la percepción de los primeros fonemas de dicha palabra. Mencionan Cuetos et al. (2012), que los fonemas llegan al receptor y activan un sistema de filtros que categorizan las posibles referencias léxicas a las que el fonema alude. Así, por ejemplo, mencionan el ejemplo de la palabra ‘elefante’, en la cual, al ser emitido el primer fonema se categorizarían un conjunto posible de palabras. En la medida que se pronuncian los fonemas siguientes es posible ir descartando palabras hasta llegar a ‘elefante’. (p. 19, cap. II) Este proceso depende de la cantidad y el tipo de entradas poseídas por el individuo. No todos tenemos el mismo repertorio de palabras aprendidas, por lo cual podemos apostar por la activación de las palabras a través de diferentes medios. ¿Entonces, es la misma palabra la que pensamos al pensar ‘elefante’? Déjeme aclararles que nuestros pensamientos surgen precedidos por determinadas palabras. Del mismo modo, esos mismos pensamientos, son seguidos por determinadas palabras. Y este proceso, variará en función del esquema conceptual con el que cuenta cada individuo. Pienso que esta hipótesis, de hecho, explica muy bien el fenómeno del error que retomaremos más adelante. Acá, adelanto que el error se explicaría por el hecho de que como los significados dependen de la presentación de esquemas conceptuales a priori, entonces, es necesario que en algún punto, inmediato o tardíamente de haber dado con el significado (común), se produzca un desacuerdo en el significado de otra palabra. Lo que en resumen quiero mostrar es que apoyar la hipótesis de que pueda haber significado implica que no pueda haber un desacuerdo semántico posteriormente. Pues el error no surge espontáneamente, debe tener su causa en una de las etapas previas. Si eso es así, y hallamos la etapa en que se generó ese necesario malentendido, habría que preguntarse inmediatamente de dónde surgió este “nuevo” error de aquella etapa cognitiva. Y con ello, la búsqueda del significado cae en una regresión al infinito.

¹⁰ Lo importante aquí es reconocer que nuestras preguntas o búsquedas de tipo filosóficas o científicas son disposiciones teóricas que, necesariamente, deben obedecer a un estado de eventos neuronales/cognitivos que se relacionan a dicha búsqueda. La búsqueda, que empieza estableciendo dudas, observaciones, hipótesis, deben sin duda corresponderse a una serie de afirmaciones específicas de esa línea investigativa.

tanto la epistemología, ontología y metafísica consecuente son derivadas del lenguaje, y, más específicamente, de las distinciones lingüísticas: las palabras dentro de sus terminologías.¹¹

Es relevante hasta este punto comentar, desde nuestra interpretación, que si uno acepta algo así como la tesis neurocientífica presentada [de que detrás de todo fenómeno de producción lingüística existe una serie de procesos neuronales correlativos], entonces, podemos advertir dos consecuencias razonables. La primera, es que existen de manera hipotética mecanismos neuronales que dada cierta complejidad producen determinados eventos cognitivos como el lenguaje. Pero una segunda línea interpretativa diferente también nos hace apuntar a la idea de que detrás de ese mismo discurso científico, que nos describen el correlato físico y lingüístico, *debe* estar precedido correlativamente y al simultáneo con un proceso neuronal. De hecho, no es una interpretación que está fuera de la evidencia entregada por la ciencia. Estamos, en efecto, aplicando las condiciones asociadas al origen físico del lenguaje al lenguaje presente en el mismo discurso acerca del origen físico del mismo. Así, por tanto, desde esta interpretación lingüística derivada de la ciencia, los procesos neuronales que dan origen al lenguaje serían un proceso lingüístico en sí mismo. Porque deberían, por supuesto, existir procesos neuronales específicos correspondientes al discurso: ‘el’ ‘lenguaje’ ‘tiene’ ‘un’ ‘proceso’ ‘neuronal’ ‘correlativo’, que, recordemos, pertenecen a una terminología específica.¹² Es como si iniciáramos un proceso de búsqueda que nunca logra reportar el proceso neuronal correlativo *determinado*, sino que, nos encontramos reportando siempre un correlato *aproximado* por nuevos elementos lingüísticos que emergen en la medida que las explicaciones avanzan [explicaciones que se hacen más finas por medio de más palabras]

Monismo lingüístico anómalo

¹¹ Con lo expuesto, cabría preguntar si podríamos imaginar elementos de nuestras afirmaciones que se den de manera inmediata, es decir, sin mediación del lenguaje. Acá sostendremos que no sería posible. Porque esperar eso también es distinguir entre lo que sería la palabra ‘innatismo’ en la representación [como proceso prelingüístico], por un lado, y lo que sería aprendido por medio de la experiencia, por otro. Pensar en la posibilidad de que haya esta clase de conocimiento muestra en sí mismo el hecho de que tanto el innatismo como el conductismo están siendo representados lingüísticamente a través de su distinción como términos.

¹² Es importante destacar esta idea central. El hecho de alertar la *especificidad* de las afirmaciones provenientes de la investigación científica muestra, presumiblemente, el suelo metodológico común que mencionamos: las palabras del lenguaje. Es necesario, pues, que sean esas palabras del discurso científico, y no otras, las que encabecen tanto los presupuestos teóricos como las prácticas correspondientes para poder diferenciar a las ciencias [y su discurso] de otros dominios teóricos.

Con lo dicho arriba invertimos la relación metafísica con la que empezamos. En efecto, diremos que es el lenguaje, y no la ciencia, la que puede fundamentar, primero, una epistemología lingüística, segundo, una ontología correspondiente de entidades lingüísticas [las palabras], para, finalmente, armar una metafísica. Y dado que la búsqueda del significado queda subordinado constantemente a la subordinación lingüística que varía en función de la variación descriptiva, no hallamos reglas que nos permitan establecer causalidades del origen de estos procesos lingüísticos. Así, caracterizamos a esta metafísica como anómala. Con todo, este proyecto metafísico será llamado ‘monismo lingüístico anómalo’.

Por último, cabe señalar la conclusión que conduce estas consideraciones neurocientíficas del origen del lenguaje y la interpretación hecha por nuestra parte. Si dijimos que, tomado desde la teoría neurocientífica, el mismo discurso teórico neurocientífico es condicionado por el hecho de haber, necesariamente, un proceso correlativo en curso, entonces, hay que señalar que las premisas aceptadas en primera instancia son, eventualmente, reducidas al absurdo. Con lo cual, el discurso teórico neurocientífico sobre el origen del lenguaje es también un absurdo, por no poder ser un discurso capaz de dar causalidad a sus propios procesos neuronales, en tanto cada uno de esos procesos requiere de un determinado y específico proceso neuronal. Así, con todo, nuestra propuesta metafísica tomada desde ciertas premisas neurocientíficas cae igualmente en un absurdo.

A pesar del desfallecimiento de nuestra propuesta por sus propios medios, cabe resaltar que dado el carácter a posteriori de nuestra propuesta, no podría ser posible que a la vez que postulamos la conclusión surja la contradicción. Dicho de otro modo, la contradicción a la que conduce nuestra propuesta consigo misma sólo aparece en función de que teorizamos y concluimos bajo la propuesta neurocientífica presentada. Bajo *ese* enfoque científico con su manera específica de presentar el asunto y no otro. Pues, en efecto, ha sido teniendo en consideración *ese* discurso teórico [y no otro] con sus recursos terminológicos propios (y no de *otros*) lo cuales nos han llevado a concluir una contradicción tan específica como esta desde una interpretación lingüística. Así, nuestra propuesta no es contradictoria en sí misma. Lo que ocurre, más bien, es que debido a que partimos de que el lenguaje compone las afirmaciones de cualquier teoría, entonces toda teoría descansa, metodológicamente, sobre una base lingüística que subyace a todo proyecto metafísico posible. Posteriormente, se da

cuenta que toda teoría está condicionada por esta contradicción, que, precisamente, es contradictoria por la naturaleza misma del *método* utilizado, y no por la naturaleza propia de cada dominio teórico. Pero advierto, consecuentemente, que la apelación al método como elemento contradictorio de nuestro proyecto es derivado, por supuesto, según *estos* alcances dada nuestra conclusión desde este enfoque lingüístico.

Ejemplificación: categorización como tarea cognitiva

Pero pongamos un ejemplo de estas tareas cognitivas señaladas y de su presunta relación con la tesis del aislamiento en las palabras.¹³ En el caso de dar con la semántica de una palabra, dicen Cuetos et al. (2012) que existen al menos tres factores asociados al significado de la palabra. Mencionaremos el factor de *tipicidad*, el cual consiste en la facilidad de poder asociar la palabra a la categoría que pertenece. Los autores ponen el ejemplo de la palabra ‘vaca’. Asociar ‘vaca’ con la categoría de los mamíferos es más fácil que asociar la palabra ‘ballena’ con la misma categoría. El acceso al contenido del concepto, significado está vinculado a la tipicidad que tiene dentro de una categoría. (p. 21) ¿Cómo podemos filosofar dada esta evidencia? Pues que conforme al grado de conocimiento de los individuos la tipicidad afecta de distinto modo para distintas palabras. Es decir que, dependiendo del grado de familiaridad que tengo con los individuos que conforman la categoría de los mamíferos estaré más dispuesto a asociar distintos animales a la categoría. O sea, tenemos más o menos entradas posibles al significado de una palabra dependiendo de la cantidad de conocimiento previo respecto al dominio de la biología animal, por ejemplo. El conocimiento es relativo al aprendizaje. Y el aprendizaje es relativo tanto a la predisposición [o facilidad] de adquirir conocimiento [el esfuerzo de aprendizaje] y del contexto en que se adquiere el conocimiento [por ejemplo, el contexto educacional, familiar, social, idiomático, etc.].

Hoy en día, son las neuroimágenes y las mediciones electrofisiológicas los métodos que nos permiten determinar y así vincular los procesos lingüísticos con un correlato neuronal. Las mediciones electrofisiológicas nos han permitido afirmar que el correlato neuronal se asocia a la ramificación en redes y no en zonas específicas del cerebro (se dan, en efecto, a través de estructuras subcorticales: fibras nerviosas interconectadas). Con las neuroimágenes del

¹³ La aislación es una propiedad que surge de la distinción entre las palabras.

nivel sanguíneo se ha logrado saber lo siguiente. “Donde hay actividad metabólica hay un trabajo cognitivo”.¹⁴ Si bien ambos métodos poseen alta precisión espacial su precisión temporal es baja, dado que la actividad metabólica es *posterior* a la actividad neuronal responsable de los procesos cognitivos implicados en la tarea. (p. 10)

Creemos que con lo anterior, se apunta a nuestra tesis del aislamiento en las palabras. ¿Cómo? Pues que las explicaciones originadas por las preguntas por la identidad o correlato neuronal sobre los procesos lingüísticos implican una dependencia dentro del proceso neuronal [redes neuronales relacionadas a otras, o neuronas específicas relacionadas a otras, o regiones corticales relacionadas a otras, etc.] asociado a una nueva tarea cognitiva [la búsqueda de las relaciones entre el proceso neuronal y el lenguaje]. Y como las afirmaciones hechas de los procesos neuronales surgen en función de la extensión gramatical, el correlato neuronal siempre debe diferir de la tarea cognitiva anterior a la búsqueda por el significado de X, pues la extensión gramatical correspondiente al correlato neuronal descrito nunca es la misma, sino que varía en función de la fineza descriptiva del proceso.

Resumen: hemos sugerido que tanto la categorización y el fenómeno de la tipicidad desde el área de la neuro-cognición corresponden a *marcas* que determinan a la misma cognición y que esta deja. Dichas marcas podrían justificar la aislación metodológica propuesta como tesis. En este punto aceptamos que nos estamos entrometiendo en un asunto teórico, y que mi tentativa no se corresponde a las conclusiones científicas. Pero este hecho, el de que mis conclusiones no estén adecuadas al discurso científico no impide la posibilidad de que mi tesis sea correcta. A lo más corresponde a un asunto de enfoque. Y dado que yo he argumentado primeramente desde el lenguaje y su carácter aislado, puedo ahora asemejar su carácter metodológico con una lectura teórica respecto a su origen desde la neurociencia. La categorización corresponde a un fenómeno que permite conceptualizar en abstracto [el significado *fregeano*] entre múltiples casos de estímulos [fonemas]. Nosotros consideramos la postura que afirma que la conceptualización se basa en regularidades estadísticas dependientes del contexto al cual esté sometido el individuo. En ese sentido, especulamos sobre la posibilidad de que el significado en este sentido intersubjetivo no pueda consolidarse, dado que, se sobreentiende que la categorización influye sobre todo el

¹⁴ *Neurociencia del lenguaje*. Véase p. 10

repertorio de palabras creadas. Luego, suponiendo que hacemos un uso constante de palabras para reportar el estado de cosas en el mundo, sugerir la posibilidad de obtener un significado común iría en contra de esta intuición en que constantemente usamos palabras categorizadas de fuentes no rastreables.

El origen del lenguaje en zonas cerebrales

Por último, consideraré las siguientes conclusiones neurocientíficas antes de dar las mías.

Según Cuetos et al. (2012), los datos recogidos sobre el correlato neuronal de la memoria semántica conceden un papel fundamental al lóbulo temporal, aunque se debate sobre la contribución de los lóbulos frontales y parietales. (p. 101) Ejemplo de esto es la denominación de dibujos. Tal experimento –nos dice el neurocientífico– nos advierte que para decir ‘mesa’ cuando alguien ve el dibujo de una, nuestro cerebro se activará dando lugar a tres funciones: i) percepción visual, ii) activación de la entrada semántica correspondiente, y iii) selección y producción de la palabra. Por lo anterior, el estudio de esta tarea da cuenta de la activación de varias zonas cerebrales [occipital, temporal y frontal]. De igual manera en tareas asociadas a visualizar objetos, leer palabras, en la fluidez categorial y emparejamiento semántico, o sea, elegir una palabra entre dos y asociarla a una tercera. Ejemplo: ‘sierra’ y ‘helado’ para ‘árbol’].¹⁵ Los resultados en individuos convergen, apuntando principalmente a las zonas de la región ventral y lateral del lóbulo temporal en el procesamiento semántico. Pero también aparece la corteza prefrontal, sobre todo en tareas de esfuerzo semántico [ej: asociación intracategorial].

Un posible problema frente a estas conclusiones es: si se reconoce una amplia intervención de redes neuronales desde distintas cortezas cerebrales, eso implicaría una ramificación que incluye diversas entradas y/o relaciones entre entradas de información. Entonces, ¿cómo determinar el significado [el qué de algo] por medio de una investigación que es, ella misma, un proceso cognitivo? Nuestra preocupación recae en que dado que nuestro acceso epistemológico al origen del lenguaje está dado por afirmaciones del mismo lenguaje, no podríamos iniciar dicha búsqueda sin alterar con este mismo medio las afirmaciones que sirven de explicación. ¿Se puede iniciar una investigación filosófica a fin de dar cuenta de la

¹⁵ *Neurociencia del lenguaje*. Véase p. 101.

explicación [que debe ser correlativa, o simultánea] de un proceso neurocientífico? No lo creo. Nuestra observación a raíz de lo anterior es la siguiente. Se puede hablar basado en evidencia científica sobre fenómenos naturales y leyes asociadas, como los procesos cognitivos, pero no sobre *esos* fenómenos particulares y *esas* leyes asociadas [al menos no sin echar a perder la búsqueda tratando de iniciar una habiendo abandonado aquella [que justamente es la que intentaba hallar]]. Y aunque sea cierto que el discurso científico versa sobre un realismo en que los objetos físicos [o capacidades físicas] son independientes del uso de las palabras, nuestra propuesta mencionada nos permite eliminar esta distinción dado que las distinciones de tipo: lo que sabemos por un lado, y lo que sucede de hecho, por otro, descansan en la misma entidad metafísica: las palabras del lenguaje. Entonces, la distinción entre la capacidad cognitiva o epistémica que se menciona al hablar de reconocer o recordar, por un lado, y la especificidad en las palabras de nuestro lenguaje, por otro, es trivial. Básicamente porque para referirnos [y distinguir] a tal capacidad de reconocer o recordar del perro, por ejemplo, consta, fundamentalmente, de una referencia específica del lenguaje.

Ahora bien, a pesar de que los antecedentes neurocientíficos presentados no sean argumentos directos de mi tesis, la mención de esta disciplina tiene su motivo en que ella es un medio por el cual, desde esta noción predicativa del conocimiento, se advierten limitaciones en este modo acumulativo de conocer fenómeno alguno. Con ello quiero no hablar desde un sitio externo al conocimiento convencional, sino que dentro de ese sitio [y sus fundamentos] advertir los límites insalvables que asoman de las mismas investigaciones. Solo de haber hecho esto se puede decir o preguntar por qué nuestra crítica, que se basa en el discurso basado en la ciencia, no se aplicaría a la tesis desde la que hablo. [Así evito la acusación de estar hablando desde un terreno que no guarda relación con el mundo científico].

El lenguaje dentro de la investigación científica: un caballo de troya

Y si se nos objetara eso: ocupar un argumento en base a la evidencia científica, y luego abandonarlo por no cumplir con su propio criterio, ¿no serviría, digamos, como un caballo de troya en que las palabras dentro del lenguaje, [representadas, por cierto, de manera aislada, por cierto, y que constituyen el lenguaje, por cierto] logren descomponer la gran figura delimitada que aparentaba? O sea, usar al lenguaje y su lógica predicativa para acusar su

falencia en este aspecto lógico y luego, pero solo *luego*, tras haber hecho esto, decir que aplica igualmente para lo dicho por mi parte. ¿Se vale hacer esto? ¹⁶

Me pregunto, ¿acaso *antes* de haber advertido que la crítica se aplica a lo dicho por mi parte, lo que venía anteriormente afirmando [sobre las representaciones mentales y los diversos modos en que emergen] es descartado del mismo modo? Pienso que no. Porque hay una investigación inicial en que, por medio de estas palabras dentro del discurso científico se busca decir que los elementos que componen esa sintaxis y semántica no existen [al menos no como posibilidad de unificación de los elementos representados mentalmente y de modo contingente: las palabras], porque tanto ‘sintaxis’ como ‘semántica’ infringirían la restricción de la aislación de las palabras distinguidas. Dichas palabras dentro del contexto lingüístico son: ‘semántica’ y ‘sintaxis’. *Luego*, la sintaxis y semántica no existen *en tanto suponen una red unificada* de elementos (palabras que se refieren a un término) para sus fines. O sea, en tanto presuponen elementos no expresos, pero necesarios para convenir en una aplicación determinada del lenguaje, a decir: una relación de predicación entre una palabra y otra. Relación que, en abstracto, deriva a categorías, las que suponen la aglomeración de varias¹⁷ palabras.

La trampa del significado

Es interesante notar que la semántica exige de quien la investiga un compromiso lingüístico específico para, primero, armar un caso filosófico en búsqueda de la esencia de las palabras: su significado. Segundo, como corolario de lo anterior, el filósofo debe presentar la especificidad del tema: ‘el’ ‘significado’ ‘de’ ‘las’ ‘palabras’. Tercero, el filósofo debe referir a un conjunto especificable de casos en que, presumiblemente, se halla el significado de una palabra [la esencia]. Con esta última condición en particular, se ve interrumpida la búsqueda del significado. El problema es el siguiente. Al referir al conjunto de casos especificables que corresponden al tema de interés: el significado de, por ejemplo: ‘esta mesa’, estará

¹⁶ Compárese con Wittgenstein: “El que en mis explicaciones, que conciernen al lenguaje, ya tenga que usar al lenguaje completo (no uno o más preparatorio, provisional) muestra ya que solo puedo aportar superficialidades sobre el lenguaje. Sí, ¿pero cómo pueden satisfacernos estas explicaciones? – Bueno, tus preguntas se refieren a palabras; así que he de hablar de palabras. Se dice: no importa la palabra, sino su significado; y se piensa con ello en el significado como una cosa de la índole de la palabra, aunque diferente de la palabra. Aquí la palabra, ahí el significado... (*Investigaciones filosóficas*, §120)

¹⁷ La palabra ‘varias’ es sospechosa porque implica la fijación semántica de dos o más palabras.

distinguiendo esto con el estado de cosas ‘el significado de mesa’. Y distinguir entre lo que es la posibilidad de significar y su ejemplo correspondiente conlleva a que no se pueda establecer conexiones isomórficas entre dos estados de casos. El motivo de esto es que la igualación de los estados de casos implica la identificación de elementos que se presentan en casos lingüísticamente disímiles, de suerte que así [bajo la disimilitud de casos] sea que podamos calificar, en principio, a ambos casos como relacionables bajo la igualdad [restricción epistémica].

Resumen: La unidad se funda por la disyunción de los términos, luego, entonces, la unidad semántica no existe bajo su pretendida función epistémica del conocimiento ligado o relacional entre dos o más palabras

Hasta este último punto creemos que resulta iluminador entender tanto a las palabras ‘semántica’ y ‘sintaxis’ como palabras que producen ilusoriamente la posibilidad de que algo así como la coherencia entre las palabras puede producirse. Es más, creemos que resulta más iluminador pensar en que las palabras ‘el’ ‘perro’ ‘negro’ solo tienen un significado gracias a que en este momento he decidido traer a juicio el caso ‘la posibilidad de que se comprenda la oración’. El punto problemático es que hasta no haber hecho tal ejercicio, la aplicación de tal oración no confiere una significación en el mismo sentido, sino que en un caso diferente. Por ejemplo al decir: ‘la ‘perra’ ‘negra’ ‘es’ ‘la’ ‘que’ ‘tiene’ ‘mi’ ‘amigo’ ‘Lare’. El ‘caso’ de aplicación acá es diferente. El ‘caso’ es la construcción producida por las palabras. Acá no sirve distinguir de los contextos ambientales o internos del individuo porque esos contextos solo son posibles por la distinción de tales palabras.

Llegado a este punto me encargo de precisar que hablamos de ‘posibles’ en las representaciones [pensamientos: palabras] dada esta peculiar condición en que representamos aisladamente¹⁸. Esto lo justificamos con la definición de conciencia en que

¹⁸ La idea del aislamiento en que se encuentran las palabras tiene que ver con la idea de que estas surgirían desde diversos dominios. Los dominios son palabras igualmente, salvo que inducen a creer que contienen conjunto de palabras. Esto resulta más intuitivo de lo que parece cuando pensamos en un trozo de tela en el que hay bolas de cristal las cuales contienen dentro otras bolas más pequeñas. Aunque en ese sentido cualquier palabra podría entonces representar otras, los dominios son palabras que, *introspectivamente* hablando, representan varias palabras.

La representación lingüística que tengo de una manzana no representa (introspectivamente hablando), “directamente” variedad sino especificidad de una palabra (o por su color, o por su forma, o por su olor, etc.). En cambio, pensar en ‘red’ puede sugerir una multitud no especificada de elementos mediante la introspección.

“la experiencia consciente es por definición un fenómeno, o más exactamente un epifenómeno, en el sentido de que simplemente acompaña al estado y las funciones del cerebro.” (Fuster, p. 44). Es decir que la manera en que representamos y decimos cosas respecto al conocimiento¹⁹ de la realidad sería manifestación de fenómenos físicos continuos, pero *junto* con fenómenos subjetivos discontinuos.²⁰ Y siendo justo con la definición y nuestra interpretación, lo último a señalar respecto al punto de la conciencia como fenómeno de procesos físicos continuos es que esta no tendría causalidad o relación con otras. Porque la causalidad [como conciencia que emerge junto a un concepto [el de ‘causalidad’ en este caso]] es una palabra como: ‘el’, ‘ejemplo’; ‘de’, ‘un’, ‘filósofo’, ‘soy’, ‘yo’, etc. Pienso que el problema de la causalidad no es que no pueda haber un tipo de explicación física que sea correlativa a los fenómenos observables. El problema, más bien, es otorgarle autoridad a un tipo de explicación por sobre otra. Podemos entender que cuando ocurre un sobrecolocamiento entre las distintas explicaciones es porque existe una red de elementos que

(cuando hablamos de ‘introspección’ podemos resultar engañados con la idea de relación entre palabras o entidades)

Pensemos en los dominios como un nivel de la representación lingüística más difuso que las representaciones lingüísticas específicas. Pero aclaro que con ‘difusión’ no quiero decir que no hay claridad respecto al contenido aislado, sino que dependiendo de si pienso de modo cuantitativamente mayor introspectivamente o al modo de ‘representar una palabra de momento’, hablaré de un dominio representacional o de una sola representación lingüística. Aunque en realidad, al hablar del modo introspectivamente mayor no hablamos de una capacidad de memorizar más de una palabra, sino de la capacidad de pensar en una palabra que, desde una disposición teórica, *insinúa* un significado omniabarcante (como si fuese una red que pudiese capturar palabras). Quedémonos con esta última idea para entender qué queremos decir con las palabras *sospechosas* que siguen como ejemplo en este ensayo. Con esto último me refiero a la idea de que en cada disposición teórica posible existen palabras que insinúan una capacidad de referir más de lo que en realidad pueden. Por ejemplo, en Política se suele hablar de la libertad que se tiene que garantizar en una sociedad para cada individuo. E imaginemos que yo soy un estudioso sobre el determinismo y discuto el tema con una persona que cree en el libre albedrío. Claramente tendremos distintas consideraciones de lo que es la libertad como tal. Incluso si el caso fuese que discutiera con una persona que también fuese determinista como yo, en algún punto de la conversación el me diría que las consecuencias de los estudios serían, por ejemplo, que el sistema carcelario es injusto porque castiga al individuo como responsable de sus decisiones, y yo no había pensado en esa consecuencia, sino que había pensado en que no puede existir un sistema ético normativo. Más allá de que pueda eventualmente comprender las conclusiones de la otra persona que piensa parecido a mí, la pregunta es: ¿por qué, siendo ambos deterministas de la conducta humana, concebimos conclusiones distintas? ¿No será que si vamos tras el aparente acuerdo ideológico que mantienen los individuos nos encontremos con diferencias no expresadas verbalmente, pero que sigan siendo significativas al momento de afianzar posturas y decir, ilusoriamente, que podemos llegar a los acuerdos?

¹⁹ Que estemos hablando de palabras aisladas sobre los objetos, hace que retomemos el concepto de conocimiento más adelante, ya que defenderé un nuevo significado de este de acuerdo con los argumentos en favor del *modo* en que representamos.

²⁰ El punto clave acá es que dada la subjetividad discontinua [conciencia] que acompaña los procesos físicos que asociamos con la representación lingüística de cada palabra, dicho proceso físico que inicialmente se presentaba continuo, se vuelve indeterminado por la misma injerencia de la subjetividad lingüística [conciencia que tenemos].

coinciden y permiten predecir, dentro de un marco teórico, otros fenómenos, que en el caso de las ciencias pertenece al método científico. Pero esas propiedades de coincidencia y predicción son con relación a ese marco teórico. Porque existe, por otro lado, la explicación cotidiana en que yo defino y caracterizo el agua, por ejemplo. En que la explicación dada tiene relación con elementos como: 'líquido transparente que sale de la llave'. Y esto explica bastante bien el objeto dado el contexto en que lo que quiero responder es a la pregunta de si ese líquido transparente es agua, cuando alguien me pregunta si puede beberla. Tanto la explicación química del agua como la explicación cotidiana funcionan en el mismo sentido y con el mismo alcance, o sea, según sea el contexto de su uso: bajo un caso determinado por la presencia de determinados elementos del lenguaje.

¿Es la mente el cerebro?

A continuación consideraré lo que –pienso– comúnmente se cree que es la explicación de nuestros estados mentales: creencias, pensamientos, deseos, fantasías, etc. Dichos estados, se cree, son producto de determinados contenidos intencionales. De hecho, las posturas clásicas en ciencias cognitivas respaldan este supuesto tal como afirman los conexionistas de la arquitectura cognitiva (Calvo y Symons, 2014) En un común acuerdo, estas posturas nos invitan a la idea de que, al igual que un sistema computacional operado por símbolos, el cerebro es capaz de traducir los estímulos sensoriales en respuestas con contenido representacional. Los procesos puramente neurofisiológicos, podrían, en principio, resolver las interrogantes acerca de nuestras funciones cognitivas, tales como la percepción, la memoria, la motricidad, etc.

En contraste a esta postura clásica, existe la posición conexionista de la cognición, la cual respalda la idea de que no solo nuestros estados mentales, sino también nuestra conducta, son un continuo sistema físico capaz de llevar por sí mismo sus tareas biológicas para la sobrevivencia. La principal diferencia con la postura clásica estriba en la concepción que tienen de lo que es la cognición. Ya que si para la postura clásica [en la cual se incluye al *representacionalismo*] los procesos físicos son cruciales para el desarrollo de funciones más complejas, delegando una mayor jerarquía operacional al sistema nervioso, para el conexionismo, por ejemplo, los procesos físicos son una parte dentro de los tres procesos que forman a cualquier sistema cognitivo, a saber: el sustrato físico, las funciones cognitivas y la

conducta. La relación jerárquica dentro de esta postura es equitativa entre los elementos en juego.

Ahora bien, retomando la idea de que existen distintas representaciones mentales [distintas palabras], añado que, debido a que cada una de estas representaciones puede emerger junto a otras representaciones, la respuesta a la pregunta de qué es la mente se responde con cualquier representación. Desde: la representación de ‘unicornio’, hasta la pregunta: ‘¿ puede ‘el’ ‘alumno’ ‘que’ ‘repite’ ‘lo’ ‘que’ ‘lee’ ‘pero’ ‘no’ ‘piensa’ ‘ser’ ‘filósofo’ ‘?’²¹. Los pensamientos, en efecto, son referidos a los objetos todos de la existencia, a las relaciones de dichos objetos, y, más aún, la posesión que como individuos tenemos a diferencia de los demás organismos. La mente se concibe como cualquiera de estas representaciones posibles que constituyen, cada cual por sí solas, la totalidad de su fundamento [el qué de ella]. Producto de esto podríamos pensar en una teoría *panpsiquista* de la conciencia, o sea, cada elemento constitutivo de la realidad no solo física, más bien lingüística, posee conciencia.

La ‘multiplicidad’ como rasgo del lenguaje

Para justificar brevemente lo anterior es necesario dar cuenta de que al haber fundamentado nuestra teoría en el lenguaje, no importa aquí la determinación de cuáles son los organismo que lo poseen, ya que el lenguaje [entendido como la conciencia [o como proceso cognitivo originado por procesos físicos]] y su manera discreta de aparecer [distinguidamente de otros modos de aparecer de la conciencia] anula la posibilidad de que una conciencia [la del ‘yo’] tenga contenida a su vez a otras conciencias [como la de: ‘yo’ ‘soy’ ‘alumno’ ‘de’ ‘filosofía’]. Si esta noción esencialista del lenguaje [que cuestionamos aquí] nos permite construir estas variadas afirmaciones eligiendo entre sus múltiples opciones, entonces, debemos necesariamente pensar que por este mismo hecho no es posible mantener unidas diversas palabras. La *multiplicidad*, en efecto, es un rasgo lingüístico que revela la imposibilidad de que las esencias lingüísticas presentes en los proyectos teóricos sean posibles. Puesto que la semántica requiere que existan referentes a los cuales referimos con un sujeto y sus

²¹ Es necesario que, según la definición de representación mental dada, todas las palabras conserven su característica de ser acompañantes de las distintas actividades físicas desde las que estas emergen. El ejemplo trata de exigirles que sean conscientes de cada palabra para identificar el aislamiento de cada una por sobre la pretendida relación o coherencia que tendría la oración sin “detenernos” en cada elemento [palabra] que la compone.

predicados [el sujeto como la esencia fija]. Es decir, los predicados deben referirse al mismo sujeto, independiente de la extensión predicativa [lingüística]. Contra esta idea es que decimos que no es posible la semántica, dado que debemos, en primera instancia distinguir los diversos elementos que componen nuestras afirmaciones [la multiplicidad lingüística bajo la cual está supeditada la semántica]. Y el mismo acto de darnos cuenta de que nuestras palabras “son distinguidas y que no pueden ser aleatorias para un contexto determinado...” nos hace sospechar que nunca hablamos del mismo referente: el significado. Si el caso fuera el contrario, o sea, que podemos usar de manera indiferente las palabras y así construir afirmaciones con un orden sin reglas sintácticas y sin intenciones de establecer un significado, entonces no tendría ninguna utilidad la terminología en cada contexto teórico para especificar sus fines.

Creo que es útil homologar el término ‘conciencia’ y el de ‘palabra’, puesto que los casos reportados como conscientes siempre son descritos en función de un caso representado lingüísticamente. Y cuando hablamos de nuestra conciencia [palabras, o seguidilla de palabras], no podemos afirmar que estamos consciente de dos o más estados mentales [estados lingüísticos] a la vez dado que necesitamos, primero, distinguir el estado consciente actual del siguiente y así asegurar un sentido. Y cuando decimos ‘distinguir’ lo que decimos es que aquello a lo cual atiende nuestra conciencia es un aspecto diferente, separado de otra. Por ejemplo, sabemos que ‘mi gato’ es diferente de ‘mi perro’ porque nuestra conciencia es capaz de detenerse en cada elemento por separado. Dicho de otro modo, si yo les sugiriera que sus mascotas son objetos como las mesas o los árboles y Uds. me dicen que no, entendemos que para que Uds. se nieguen a la igualación de animales y objetos, primero entienden que el estado consciente que tienen de ‘mascotas’ es diferente del de ‘objetos’, no así con el de ‘animales’, el cual es un estado mental que aceptaríamos como equivalente al de mascotas. Entonces, si somos capaces de vincular un estado consciente con otro [mascota -> animal], pero no con todos [mascota -> objeto], es necesario que cada elemento de la categoría esté separado uno de otro. Porque, por supuesto, si descompongo la categoría en sus elementos constitutivos tendría que, en efecto, distinguir cada uno de esos elementos. Para tal operación estaría, primero, reconociendo necesariamente la distinción de elementos no expresos en la categoría [conjunto] en tanto ‘categoría’ [palabra distinguida, ergo, aislada]. Y segundo, exigiendo una categorización de aquellos elementos constitutivos

descompuestos de la primera categoría. Es decir, si por ejemplo, de la categoría animal se descompone en elementos ‘perro’ y ‘gato’, entonces, lo primero que diremos es que ambos elementos son aislados en cuanto a su aparición distinguida de la categoría en tanto ‘categoría’ [palabra distinguida]. Y en cuanto a lo segundo, decíamos que ‘gato’, como ‘Categoría’ [conjunto], podría llevar a concebir ‘razas’, de la cual se podría concebir los elementos ‘angora’, ‘persa’, ‘quiltro’, etc.

A propósito de los conceptos y su rol en la categorización, la neurocientífica Lisa Feldman, comenta lo siguiente.

Los conceptos basados en metas son superflexibles y adaptables a la situación (...) Puesto que nuestro concepto de <<Pez>> en esa situación sirve a la meta de comprar una mascota, no de pedir la cena, construiremos casos del concepto <<Pez>> que encajen mejor con nuestro acuario. (Feldman, p. 124)

Con esto en vista, se podría respaldar la idea de que los conceptos nos permiten obtener significados, en el sentido de obtener conocimientos intersubjetivos, compartidos, entre las personas al usar las categorías resultantes de los conceptos. Pero, como parece también insinuar Feldman, ese no podría ser el caso.

Lo más probable es que el cerebro construya prototipos en el acto, cuando los necesitamos. Hemos experimentado una población variada de casos del concepto <<Tristeza>> cuyos fragmentos residen en nuestra cabeza (...) el cerebro construye un resumen de la tristeza que encaje mejor con la situación (un ejemplo de procesamiento poblacional en el cerebro). (Feldman, 2022 p. 123)²²

Cualquiera podría estar tentado a concluir linealmente y decir: “los conceptos entonces nos garantizan hablar del mismo referente a pesar de la variabilidad experiencial”. Pero no, no es eso lo que ocurre. Los invito a reflexionar en lo siguiente. Cuando leemos estos antecedentes cognitivos acerca de los conceptos, deberíamos asegurarnos de que nuestra propia interpretación, esto es: que nuestro propio contexto en que estamos yendo tras la búsqueda del significado de las palabras o conceptos o categorías [o lo que quieran decir] de

²² Sobre este mismo asunto de cómo construimos personalmente conceptos, véase Gazzaniga, p. 489

este discurso, esté sujeto, irremediablemente, a esta condición de resumir la multiplicidad de casos en la conceptualización de ‘Significado’, por ejemplo.

¿Y si intentamos responder la pregunta del título? Nos encontraríamos con una aparente contradicción. Ya que como consciencia, ‘cerebro’ es parte del lenguaje, pero a su vez, como elemento del lenguaje distinguido de otro, es parte de una sola distinción lingüística; asociada a esa palabra [a ese campo de conciencia]. Esto es motivo suficiente para presentar a este como un problema irresoluble *paradigmáticamente*, o sea, desde una sola vía explicativa posible, cuando el caso esperado es que en la medida en que las palabras surgen, lo hacen siempre desde un marco lingüístico distinto respecto del inicio.

Ejemplo: Si aceptamos que debe haber un correlato neuronal para todo proceso cognitivo [en este caso el lenguaje] debemos pensar de inmediato que nuestro proceso lingüístico actual de búsqueda exige un caso de correlato distintivo según la variación lingüística generada por nuestras preguntas y respuestas. Además, estamos haciendo uso de la misma metodología científica para responder la pregunta, a saber: el lenguaje y su naturaleza característica. Con lo cual, la extensión del marco teórico neurocientífico y cognitivo sólo extenderán el campo de posibles maneras de aparecer de cada parte del lenguaje, no de su origen último. Este enigma no parece ser filosófico sino lingüístico, o al revés. Esta interpretación de las investigaciones científicas tiene el aspecto de ser omniabarcante de todas las teorías del conocimiento no por estar hablando de la complejidad propia de cada una de las disciplinas operacionales del ser humano, sino por estar haber detectado el medio común a todo campo de estudio: las palabras del lenguaje, que también son con las cuales formamos o pensamos en nuestros ‘procesos’ ‘cognitivos’ ‘y’ ‘correlato’ ‘neuronal’.

Conciencia y lenguaje: La realidad en una cáscara de nuez

Finalmente, si hemos despreciado el origen del lenguaje y su significado en manos del enfoque científico, entonces, ¿De dónde proviene el lenguaje? Dijimos ya que existen múltiples dominios con sus respectivas terminologías que las hacen ser lo que son: esos dominios y no otros. Dijimos, también, que por este motivo se sustenta la tesis del aislamiento de las palabras. Ahora, queda presentar un dominio llamado ‘el dominio de la retrospectión’. Teorizar retrospectivamente quiere decir analizar todos los dominios posibles en que el lenguaje se manifiesta. ¿Qué podemos reflexionar cuando *retrospeccionamos* los distintos

dominios y sus terminologías saturadas de entidades lingüísticas? Uno podría decir que: si las palabras del lenguaje son aisladas, sus dominios también lo son. Y si los dominios en que se encuentran las palabras son aislados, entonces, todo lo que atañe a su coherencia interna, incluyendo las razones por las cuales surge el hilo coherentista de tal dominio pertenece a su propio límite, a decir: su propia terminología. En otras palabras, no podríamos intentar justificar mediante la terminología [y por eso tampoco mediante el dominio] de la neurolingüística el origen de la terminología de las ciencias políticas, por ejemplo. No podríamos supeditar una terminología a otra; un dominio a otro. A no ser que aceptemos que con cada metaanálisis de un dominio sobre otro estemos generando subdominios que poseen por sí mismos contornos terminológicos propios y aislados de otros, de manera que sean distinguibles y no confundidos con otros.

Imaginemos que todas las realidades que conocemos acerca de todo fenómeno existente en el mundo estuvieran contenidas en una *cáscara de nuez*. Objetos, propiedades, cualidades, relaciones, etc., toda entidad imaginable en una sola entidad: la cáscara de nuez. ¿Qué podríamos decir acerca del contenido dentro de esa cáscara? Múltiples cosas. De hecho, tantas como nuestra imaginación nos permita imaginar como cosas existentes en la realidad. Pensándolo bien, no muchas, y ejemplificándolo mejor, la cáscara de nuez podría ser nuestra conciencia: la atención con que podemos identificar o constatar la realidad que decimos, hablamos o pensamos.²³ ¿Qué podríamos, entonces, constatar en nuestra mente si poseyéramos toda la realidad posible en ella? Dijimos que no mucho la verdad, porque si bajo una sola manifestación de la conciencia tuviéramos la capacidad de reportar toda la realidad no existiría medio posible para lograr ese objetivo. En efecto, ‘mente’ no es representativa de aquel modo en que la conciencia algunas veces logra aparecer en forma de ‘esa’ ‘manzana’ ‘roja’ ‘y’ ‘dulce’ o en forma de ‘me’ ‘duele’ ‘el ‘estómago’. Si tuviéramos como manifestación de la conciencia la idea de ‘toda la realidad posible’ a la vez que estuviéramos constatando [también conscientemente] el catálogo completo de esas realidades

²³ El término ‘conciencia’ es difuso en la jerga filosófica. Desde el materialismo se *justifica*, pero no se explica, desde los sustratos físicos del cerebro, y no se detienen en la singularidad de la experiencia subjetiva dado que esta dependería de los elementos y procesos físicos. Por otro lado, desde el dualismo se marca una distinción entre la experiencia subjetiva (primera persona) y la experiencia objetiva (tercera persona) en que ocurren hechos en el mundo, en la que el sujeto tiene una experiencia que no tiene otro sujeto. Por nuestra parte, si eliminamos la distinción entre experiencias subjetivas y objetivas por ser distinciones lingüísticas eliminamos con ello el problema.

posibles, entonces no podríamos estar distinguiendo realmente dichas realidades ni mucho menos los distintos objetivos en que, primero, mi consciencia se enmarca en el objetivo de ‘toda la realidad posible’, y segundo, en el objetivo en que mi consciencia, distinguidamente del primer objetivo, se enmarca ahora en la caracterización de ‘esa manzana roja y dulce’ [una de esas realidades posibles]. Obviamente no podemos pretender solapar realidades unas con otras si nuestros propósitos son justamente distinguir realidades y no simplemente ser conscientes de una sola. Aunque en realidad, esto último, representaría, muy austeramente, lo que decimos al hablar de la realidad en la que estamos y del conocimiento que podemos llegar a tener. Una sola consciencia, constatada en una sola palabra, es todo lo que podemos con certeza reconocer dentro de nuestra pequeña cáscara de nuez. En *esencia*, el origen del lenguaje es y será indeterminado.

En el transcurso de nuestras teorizaciones que *no tienen como objeto de investigación* la cuestión acerca del significado o el origen del lenguaje la respuesta a la pregunta sobre el origen de lenguaje, podría especularse, queda *absolutamente* resuelta en aquel transcurrir específico con que se manifiesta ese lenguaje. No se requiere ni de un mecanismo ni de una teoría que respalde la existencia del lenguaje porque estando siempre presente es que damos cuenta sus múltiples modos de aparecer. Dijo Agustín en sus ‘*Confesiones*’. “¿Qué es entonces el tiempo...? Si nadie me plantea la cuestión, lo sé. Si quisiera explicarla a quien la plantea, no lo sé”. (Agustín, XI, [14, 17]) Cuestión igual de enigmática resulta todo aquello relativo al lenguaje. Sé que pisa en diversos terrenos con sus diferentes formas, pero cuando vuelvo la vista sobre esas huellas no puedo sino estar un paso detrás de ellas o uno delante, o quizá encima de ellas pero cubriéndolas con mis propias pisadas.

Lenguajear²⁴ es olvidar: cambiando el paradigma del olvido como fenómeno accidental a un paradigma lingüístico

Hemos sugerido que toda la realidad obedece en primer y último término a una ontología lingüística. Y si nuestros múltiples lenguajes son aislados no queda más remedio que afirmar que cuando hacemos uso de este estamos echando al olvido todo lo que no hemos podido decir en un lenguaje o en una palabra. El olvido no depende, entonces, de un fenómeno tan

²⁴ Acción de usar el lenguaje.

cotidiano como cuando olvidé que tenía mi examen de grado ayer, ni mucho menos de que en mi cerebro se estén llevando a cabo funciones cognitivas como la conceptualización, que, se dice, reúne lo común en una diversidad de casos y descarta [“olvida”] los detalles. Ya nos hemos encargado de discutir de manera resumida con la noción científica de la memoria cuando argumentamos en contra del significado. Queda discutir la noción de memoria del sentido común. El objetivo específico de esta parte del trabajo será, entonces, aclarar a qué nos referimos al afirmar que hablar, pensar, recordar, concientizar, señalar es olvidar. Todos estos modos en que se ha dicho ‘podemos acceder a la realidad’ obedece a la subordinación del lenguaje, y todo lenguaje posee una frágil retención de las realidades [o casos lingüísticos].

Borges plantea la cuestión del olvido del siguiente modo. Consideremos para esta sección el relato que el argentino realiza en su cuento ‘*Funes el memorioso*’. En este icónico cuento del argentino, su personaje principal, Ireneo Funes, es poseedor de una memoria que es capaz de recordar hasta el más ínfimo detalle de todas las experiencias que ha vivido. Lo que hemos definido aquí como ‘memoria infinita’. En este sentido, Funes es capaz de acceder a todo el conjunto posible de sus experiencias pasadas sin dejar al margen ningún detalle.

Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del 30 de abril de 1882 y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había visto una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro...

[...]

...Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado...No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de la tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente) (Borges, 2021, p. 131)

Tal como se caracteriza la figura de Funes, el tipo de memoria que poseería sería una de la cual estaríamos en común acuerdo cuando se nos dice que alguien tiene una memoria infinita: una capaz de recordar y retratar con la mayor cantidad de detalles posibles una experiencia

determinada. Una suma de recuerdos bajo una sola escena. Pero si en Funes la memoria infinita consistía en recordar todos los detalles de una experiencia determinada bajo una recomposición, para nosotros la memoria infinita se referiría más bien a la capacidad de que *en un solo acto del pensamiento se nos presenten todos esos detalles capturados de una experiencia vivida*, porque recordemos que nosotros hemos argumentado que lenguajear es olvidar. La diferencia principal entre el tipo de memoria expresada por Funes y la expresada por nosotros es que por nuestra parte no permitiremos siquiera seguir hablando del mismo recuerdo [misma palabra] cuando decidimos agregar, dado ya una descripción, *otro* recuerdo. Es decir que si Funes recordaba <<cada hoja *de cada* árbol>>, nosotros solo hablamos de cada hoja, y, de cada árbol.

Otro aspecto interesante por señalar es la manera en que Borges termina calificando a Funes dada su peculiar condición de memorizar todo. El autor piensa que dado que Funes recuerda todo, este <<...no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos>>. (Borges, 2021, p. 134) Nos detenemos en esta calificación porque no nos parece justificado el juicio que el cuentista argentino hace de su personaje. Después de todo, Funes sí era capaz de pensar porque sí era capaz de diferenciar ‘cada’ ‘hoja’ ‘de’ ‘cada’ ‘árbol’. Desde nuestra propuesta la condición necesaria para el pensamiento es la distinción, y la distinción la alcanzamos una vez puesto en marcha el flujo de palabras ¿Se entiende que si Funes hace tal uso de las palabras al recordar todas sus experiencias pareciera que no era tan capaz de memorizar? Su espléndida memoria en realidad no era mejor que la de alguien que tenía una mala memoria, y en realidad el uso común que hacemos de nuestros recuerdos sea un caso más en que nos vemos tentados a ir un paso más allá de lo que el lenguaje nos permite. Lo que parece más cierto para un caso de memoria infinita es la incapacidad a la que nos llevaría en caso de poseerla. ‘Memoria infinita’ puede ser una contracción lingüística, pero no metafísica.

El caso de Iris: memoria infinita

Brevemente ejemplificaremos el caso de una memoria infinita definida según nuestros términos, es decir, bajo una sola palabra. Iris es una gitana que por una extraña condición no puede pensar ni hablar. Posee una memoria infinita de tal manera que todas las experiencias

que percibe se acumulan en ella. Y como esta percepción es continua como el flujo de experiencias mismas, Iris es incapaz de representar bajo una sola palabra sus experiencias, pues, en la medida que las palabras son representación de una experiencia determinada, esa palabra no sería capaz de representar las nuevas experiencias que de inmediato asaltan a nuestro personaje. Según se piensa, hubo solo un momento en toda la vida de Iris en el cual pudo representar su experiencia, y fue en el momento en que vivió su primerísima experiencia, un instante después, nunca más volvió a pensar algo, mucho menos expresar su cúmulo de vivencias que solo se hacían más y más grandes e inconmensurables. Si su primera experiencia fue ‘mamá’ luego tuvo que ser ‘mamáy’, y luego ‘mamáypapá’, pero hasta ese alcance ya no existía palabra capaz de retratar tales vivencias.

Conclusión

Hemos planteado un supuesto que caracteriza la metodología con que todo proyecto teórico inicia: el lenguaje y sus palabras. También, realizamos una breve caracterización de las palabras dentro del lenguaje: distinción y, en efecto, el aislamiento de estas. Luego, hemos considerado el proyecto neurocientífico por su ánimo de responder la interrogante tras el significado del lenguaje y su origen tomando supuestos prelingüísticos. En un primer momento consideramos los aportes neurocientíficos respecto del fenómeno de producción semántica. Posteriormente, consideramos los aportes desde la neurocognición y el proceso de conceptualización relacionado al significado de una cantidad determinada de casos ‘tipos’ de una palabra. Tras el análisis metodológico de tales supuestos concluimos que tales supuestos teóricos, al depender de una epistemología lingüística, no dejaban de ser otra cosa que el tipo de entidades de tipo lingüístico, pero una presentación lingüística diferente. En resumen quisimos presentar una única metafísica común en estos proyectos científicos: el lenguaje.

Segundo, definimos el término de conciencia definido neuro-científicamente para luego homologar su significado con el de las palabras. Definimos científicamente el estado consciente según Fuster, caracterizando a tal estado como uno subjetivo, en que alcanzado un nivel de intensidad se activaba. Dijimos que esta manera de definir a la conciencia era igualmente reducible al uso de las palabras. Justificándolo bajo la capacidad que posee el lenguaje al caracterizar por medio de los recursos lingüísticos: las palabras. De tal modo, – concluimos–, el fenómeno de tener conciencia y hacer uso del lenguaje no tenían una diferencia más que meramente conceptual y no ontológica o epistemológica.

Demarcado el enfoque desde el cual teorizamos hacia una metafísica del lenguaje, presentamos una caracterización del lenguaje bajo unos cuantos experimentos mentales. Lo primero fue presentar bajo el experimento ‘la realidad en una cáscara de nuez’ las condiciones necesarias para hablar de un conocimiento del tipo semántico, haciendo la conexión entre la multiplicidad con que el lenguaje se manifiesta y la manera en que somos y podemos ser conscientes. Concluimos que el único requisito es que no podamos *distinguir* las palabras de las que hacemos uso. Quedó expuesta la estrecha relación al hablar del aislamiento de las palabras y la memoria. Consecuentemente quisimos contrastar la noción

de memoria presente en el cuento 'Funes el memorioso' de Borges contra la noción de memoria infinita nuestra. Con el fin de explicitar el problema emergente de la temática de la memoria haciendo énfasis en la relevancia del tópico del conocimiento comparamos al personaje de Funes con el nuestro, Iris. Funes se ajustaba a la noción de memoria acumulativa que era capaz de dejar registro de las experiencias por él recordadas. Por el contrario, Iris se ajustaba a la noción de memoria discreta, que se daba por la expresión bajo una sola palabra de sus experiencias.

Finalmente quedaría resumir el mayor interés que puede suscitar esta propuesta filosófica. Primero, resulta evidente que cambiando cualquiera de los supuestos desde los cuales se aborda esta investigación, cualquier argumento puede ser cuestionado. Ahora bien, esa decisión, quisimos mostrar, estar fuertemente unida a una clase de dualismo que en algún sentido dejaría inabordable la interrogante acerca de la metafísica de las entidades., dado que existirían distintas clases de entes. la mayor limitante de esta investigación, por lo tanto, es la elección de los supuestos metafísicos que tenga el lector

Ahora bien, no es solo cuestión atinente a la epistemología y la filosofía del lenguaje. Por el contrario, y aunque pudiera ser ambicioso, nuestro único objetivo fue postular un sistema filosófico que pueda construir una metafísica del mundo y cómo los fenómenos [lingüísticos aquí] se producen y cómo [no] se relacionan entre sí mediante el conocimiento que [no] podemos tener de ellos. Porque, por supuesto, que tras lo dicho lo único coherente es afirmar que no existe ningún problema filosóficamente serio. ¿Qué un problema sea serio significa que podemos reconocer ciertos aspectos en el problema que funcionan unas veces como causa, otras como consecuencias y otras como factores incidentes? Si es así, entonces, no, no existe ninguno de esos problemas. Personalmente, *me desentenderé del ambicioso y estimadísimo proyecto existencial de los seres humanos por conocer el mundo, volcarlo a nuestros intereses y tener que transformarlo. Dado que no existe nada que, bajo un conocimiento claro, pero indistinto²⁵, pueda ser controlado a escalas tan amplias (como la ética o la moral).*

²⁵ Ver uso de indistinción en el mismo sentido que usamos la distinción como rasgo característico del lenguaje. porque el lenguaje produce conocimiento. El conocimiento produce convicciones y estas acciones. Sin lo primero no existe lo que sigue.

Bibliografía

Agustín. (2010). *Confesiones*. Madrid: Gredos.

Borges, J. L. (2021). *Ficciones*. Funes el memorioso (pp. 123-135). Debolsillo.

Calvo, P., Symons, J. (2014). Systematicity: An Overview. En Paco Calvo and John Symons (eds). *The Architecture of Cognition* (pp. 3-30). MIT Press.

Clark, A., Chalmers, D. (2011). *La mente extendida*. Oviedo: KRK.

Cuetos, V, F et al. (2012). Semántica. En Rodríguez-Ferreiro, J (ed.). *Neurociencia del lenguaje* (pp. 93-109). Editorial médica panamericana.

Feldman, L. (2022). Conceptos, metas y palabras. *La vida secreta del cerebro* (pp. 117-149). (7ª ed.). Paidós.

Fuster, J. (2010). *Neurociencia*. Barcelona: Paidós.

Gazzanigga, M. (2019). Language. En Sheri Snavely (ed.) *Cognitive neuroscience* (pp. 475-513). (5ª ed.). W.W. Norton & Company.

Wittgenstein, L. (2021). *Investigaciones filosóficas*. Madrid: Gredos.